

**NOCHE DEL SUJETO DEL CRIMEN 06/07/21 - ¿Asesino serial?
CASO “MAGNETIZADO”.
RECUENTO DEL CASO MELOGNO por José Juan Ruiz Reyes**

“En septiembre de 1982 tuvo lugar en la Ciudad autónoma de Buenos Aires una extraña, breve y a su manera sobria serie de asesinatos. A lo largo de una semana, en un radio de pocas cuadras del barrio de Mataderos, fueron hallados los cuerpos sin vida de cuatro taxistas. Todos los cadáveres aparecieron en horas de la madrugada, caídos sobre el asiento delantero de sus automóviles, cada uno de ellos con un orificio de ingreso de bala calibre 22 en la sien derecha. Los taxis, estacionados en esquinas oscuras, con las luces internas y el motor apagados, los faros delanteros encendidos. No había evidencia de robo, aunque siempre faltaba la documentación del vehículo y de la víctima”.¹

Tras una serie de más de 90 horas de entrevistas Carlos Busqued escribe el texto *Magnetizado*, dice el autor: “El caso de Ricardo, si bien mientras duró recibió cierta atención mediática, es bastante desconocido. Él estaba muy restringido por ser preso psiquiátrico. En principio, le habían sugerido escribir su historia, en parte para organizarla. Él dijo que no, pero que podía conversar con alguien que la escribiera.”²

“La mañana del 15 de octubre, un hombre se presentó en el Palacio de Tribunales de Capital Federal y solicitó entrevistarse con el juez encargado del caso. El asesino de los taxistas era su hermano, y en ese mismo momento estaba junto a su padre, desayunando en un departamento del barrio de Caballito. Se ofreció a guiar una comisión policial hasta el lugar. Aseguraba que su hermano estaba desarmado y que se lo podía arrestar sin violencia”.

Del Informe en Capital Federal Busqued destaca: “No declara, pero acepta ser interrogado. Sus respuestas son concretas y, al parecer, honestas. No tomaba cualquier taxi. Esperaba durante un tiempo hasta que llegaba algo dentro de él que le indicaba que el próximo taxi que apareciera era «el que era». Una especie de orden dentro de él. No una voz, sino más bien una sensación en el cuerpo. Durante el trayecto no advertía a la víctima de lo que iba a suceder, ni la amenazaba. Piensa que de esa manera sufriría menos. Dice que se sintió como si estuviera viendo una película, como si él fuera un observador. Recuerda fragmentariamente los cuatro asesinatos. De ninguno recuerda el momento específico del disparo ni de la muerte de las víctimas. En todos los casos, luego de disparar, tomó los documentos del chofer, apagó el motor y se quedó ahí un rato. Se llevó los documentos por las fotos, por un tema de defensa. Teniendo sus fotos, los espíritus de los muertos nunca volverían a molestarlo. La plata no le interesaba —Resalta también un dicho de Melogno- «Cuando salí del auto, iba caminando y pensaba: “Qué raro que no sintiera nada.”».

A partir de las entrevistas con Busqued y del trabajo con los distintos expertos en salud mental Melogno logra reconstruir algo de su vida “Yo tengo una historia —nos dice— esa historia tiene muchos vacíos, que fueron llenados por forenses, psiquiatras, médicos. Yo acepté ese relleno de los demás. Y esas cosas llegaron a hacerse carne de realidad. Reconstruyo mis hechos a través de la palabra de otros”. De este modo tenemos algunos datos acerca de los días precedentes a los crímenes. Melogno recientemente había concluido su servicio militar

¹ Busqued, C., *Magnetizado*, Editorial Anagrama, Barcelona, Edición en formato digital, 2018. Salvo indicación, todas las citas pertenecen a este texto.

² Lamberti, L., Entrevista a Carlos Busqued [En línea]. *Infobae*. Disponible en: <https://www.infobae.com/cultura/2018/03/31/carlos-busqued-habla-de-su-libro-magnetizado-nacido-luego-de-90-horas-de-charlas-con-un-asesino-serial-de-taxistas/>.

de dos años, tras su salida de éste, dada la mala situación económica del país en esa época y la consiguiente dificultad de conseguir empleo, Melogno es ayudado por su padre y pone un despacho de pan y lácteos. “Atendía el despacho de pan, tenía mi horario, trabajaba hasta las ocho de la noche, cerraba, comía algo, y después me iba a caminar. Caminaba durante horas por Mataderos, Flores, Liniers, cruzaba a Provincia..., caminaba como un perro. Vagaba, caminaba medio al azar. En esa época las panaderías tenían feriado los lunes. Un lunes salí a caminar, y cuando volví a mi casa... me di cuenta de que no quería nada. Estuve caminando todo el día, dando vueltas, y cuando toca volverme a mi casa a la noche, me doy cuenta de que no quería volver. Entonces fui, agarré dinero del negocio, la pistola y le dejé una nota a mi viejo arriba del mostrador”.

Comienza así una vida de calle, dedicado por la mañana a deambular y por la noche dormía en parques. De vez en cuando entraba a una pizzería o un cine donde pasaban la misma película todo el día. También en ocasiones iba de noche a un depósito de su padre y ahí pernoctaba y se bañaba. En su narración destacan la confusión, el embotamiento afectivo y una particular relación con el cuerpo que le impedía sentir dolor “Para que te hagas una idea: cuando me voy a vivir a la calle, de tanto caminar se me rompieron los zapatos, y me compré unas botas baratas, me gustaron y me las compré. Pero me apretaban un poco, la horma era muy angosta. Así que de tanto caminar se me había hecho una llaga bastante fea en la planta de un pie. Teniendo esa llaga abierta, no tengo recuerdo del dolor. Caminé con esa llaga en carne viva durante horas todos los días [*más de veinte días*]. Después, cuando me detienen, me sacan las botas y me dan unas ojotas, me empiezan a curar ese pie. Yo sé que me lastimé, porque me acuerdo de la herida curándose y de que estuve un tiempo largo para recuperar el pie. Pero no tengo ningún recuerdo de ese dolor, de la conciencia de estar caminando con ese dolor. No me acuerdo de haber sentido nada”.

Luego de pasar una o dos semanas en la calle —Melogno no lo tiene claro— ocurre el primer incidente: “Había estado toda la tarde dormitando en el cine Gran Liniers. Salí del cine, me paré en la esquina de la continuación de la Avenida Rivadavia, del lado de Provincia y casi General Paz. Habré estado un par de horas parado ahí, como quien espera el colectivo, mirando pasar la gente, en mi mambo, hasta que mi deseo interno me dice: «El taxi que viene.» Entonces el primer taxi que pasó, lo paré. Llegamos a destino, detiene el auto, se da vuelta para cobrarme y ahí le disparo. Cuando tiro, cierro los ojos. No le veo la cara a la persona, a la persona la vuelvo a ver cuando ya está caída. Me acerco por arriba del asiento y la levanto, porque estaba caída para el lado del acompañante (siempre dejaba caer a la persona, no le miraba la cara, no le miraba los ojos). Ahí fue la única vez que me asusté. Después de que levanto el cuerpo, se produce un momento de asombro y de, eh..., terror. De repente levanto la vista y veo que me están mirando. No veo una persona, no veo una cara. Veo dos ojos que me están mirando. Me paralicé del cagazo, hasta que pasan unos momentos y entendí lo que pasaba: era el espejo retrovisor. Eran mis ojos, en el espejo retrovisor. Era mi cara, reflejada. No me reconocí. Mis ojos, mi mirada. No la reconocía. Era como otra persona que tenía adelante”.

Tras esperar un tiempo fumando y comprobar que el taxista estaba muerto, Melogno abandonó el taxi “No pensaba en lo que había pasado. Caminé hasta el bar Los Dos Hermanos. No tengo ninguna sensación del momento de la muerte, pero recuerdo la satisfacción del después, de irme a comer una suprema a la napolitana con papas fritas y mousse de chocolate de postre, y me acuerdo que estaba riquísimo”.

Tan solo un par de días después nuevamente repite la secuencia: parar un taxi y disparar al llegar a destino, de nuevo y en cada ocasión regresa al bar *Los dos hermanos* y repite el menú.

Sus días transcurren entre el cine y deambular. “Después de la primera muerte, las otras vinieron por inercia. A partir de la primera muerte nunca desapareció el impulso. Vivirlo como un sufrimiento o parecerme mal algo no, no existía eso. Era algo natural, algo que estaba ahí. No había ansiedad en todo esto, para nada. Era estar parado viendo pasar el tiempo, en mi mambo y de repente sentir esa cosa en el cuerpo: «Es el que viene.»”.

Del tercer incidente Melogno destaca “Estoy comiendo en el Dos Hermanos, y veo que se me pegan los cubiertos a la mano. Lo primero que se me ocurre pensar es: «La mierda, estoy magnetizado, qué me pasó.» Me fijo bien, y no: tenía sangre en la mano. Era la sangre lo que me hacía pegar el cubierto. Me miro el pantalón. Manchado de sangre. La campera: con manchas de sangre. No algo exagerado, pero manchas muy evidentes”. Destaca también que el Dos Hermanos era una parada frecuente para los taxistas, quienes en esos momentos ya hablaban de buscar al asesino y darle muerte, a él no le importaba, tampoco nadie lo notó.

Tras el último crimen, Melogno relata un incidente que para él fue significativo “Hice un par de cuadras y bajé por una cortada [salgo de ella] y pasó otra increíble: de atrás viene un taxi, se me cruza adelante, frena, del auto se baja un tipo armado, apuntándome con un revólver, y me grita que me detenga. Hago el movimiento para sacar la pistola de la carterita y, ante eso, este otro levanta el revólver y me tira. Me acuerdo perfecto (más allá de que ahora no lo tengo al recuerdo, pero sé que en su momento lo recordaba) del tac del percutor del revólver... y nada, no hay tiro, la bala no sale. Lo veo que se queda duro, mirando el revólver sin entender nada. Entonces soy yo el que saco el arma, y le apunto. El tipo me dice: «Mirá que no soy policía», le digo que suba al auto y se vaya. Tira el arma al asiento de atrás, se sube y arranca el auto y sale cagando del lugar”.

Tras esto acaba la serie de los crímenes “Esto es un poco lo que desorienta a los psiquiatras. Fue una explosión de unos días que empezó sin una causa aparente, y se acabó solo, como vino se fue. Nunca tuve una explicación para eso. Ni cómo vino, ni cómo se fue. Lo más cerca que estoy de poder decirte algo sobre eso es que se acabaron las ganas, se acabó el impulso”.

El relato de Busqued nos introduce posteriormente a la vida de Melogno en la cárcel y luego, en su paso por distintos centros psiquiátricos. También retoma una infancia de constantes maltratos, con una madre creyente del espiritismo, a la que desde pequeño teme por sus frecuentes palizas. También siente en su casa constantes presencias amenazantes como consecuencia para él de la actividad espiritista de la madre. En su adolescencia logra emanciparse haciéndose bautizar en la santería como un modo de defenderse de su madre. Tras varios años en el psiquiátrico, la actividad religiosa regresa a su vida, en esta ocasión asumida como algo propio. “La religión acá adentro..., al principio me di cuenta de que podía ser usada como defensa, y estuve pelotudeando con el tema durante mucho tiempo. Empezó como un chiste de presos, con el tiempo, eso fue creciendo. Y me [di] cuenta de que hay cosas adentro mío que me llevan a la religión. Cosas como que..., eh, ya estaban ahí de antes. Había cosas que ya estaban adentro mío. Era una defensa que funcionaba. Entonces, a mis treinta y dos, treinta y tres años, encerrado en ese buzón de la 20, me dije: vengo jugando, boludeando con esto hace tanto tiempo. O lo tomo, lo acepto y lo vivo en serio, o lo dejo. Decidí respetar la fe y practicarla en serio”. Con esto Melogno consiguió el favor de presos y guardias, haciéndose un lugar en este duro medio.

En *Magnetizado*, resalta con incandescencia el fuera de sentido de los crímenes, a pesar del intento de Busqued de agregarlo desde su trinchera literaria. En la conferencia *Niños*

*violentos*³ Miller señala que la violencia más que un síntoma, puede ser la marca de que la represión no ha operado, una pura satisfacción de la pulsión de muerte. Y enmarca algunas cuestiones con las que conviene abordar estos casos:

- a) ¿La violencia en el niño es una violencia sin frase? ¿Es la pura irrupción de la pulsión de muerte, un goce en lo real?
- b) ¿El paciente puede ponerla en palabras? ¿Es un puro goce en lo real o bien está simbolizado o es simbolizable?
- c) Que sea un puro goce en lo real no señala necesariamente una psicosis. No constituye necesariamente una promesa de psicosis. Traduce en todos los casos un desgarramiento en la trama simbólica en la cual se trata de saber si es puntiforme o extendida.
- d) Si se trata de una violencia que puede hablarse -hay algunas veces violencias parlanchinas-, queda por saber qué dice. Se buscan entonces lo que llamaré una traza de la paranoia precoz.

Con la salvedad de no dirigirlas a los niños sino a lo acaecido en el caso Melogno, considero que tales preguntas pueden servir también para la conversación de hoy.

³ Miller, J-A, "Niños violentos", *De la infancia a la adolescencia*, Paidós, Buenos Aires, 2020, p. 58